

Un 'poeta pagano' frente al peronismo: las lecturas de Luis Franco sobre el fenómeno peronista (1943-1965)

A 'pagan poet' confronts Peronism: Luis Franco's readings on the Peronist phenomenon (1943-1965)

Pablo Torres¹

Recibido: 24 de julio de 2024. Aceptado: 3 de junio de 2025.
Received: July 24, 2024. Approved: June 3, 2024

RESUMEN

En este trabajo nos proponemos reconstruir la mirada que el poeta y ensayista Luis Franco fue construyendo en torno al fenómeno peronista. En esa línea de trabajo rastreamos distintos momentos en su interpretación del movimiento político liderado por Juan Domingo Perón. Primero nos centraremos en sus análisis de la década del 40, posteriormente analizaremos la mirada que fue labrando Luis Franco en los años 50, en el marco de su acercamiento con la corriente política trotskista liderada por Nahuel Moreno. Por último, reconstruiremos la lectura que el ensayista hizo durante la década del 60, en un momento donde empezaban a circular otras lecturas en torno al peronismo dentro del ámbito de las izquierdas.

Palabras claves: Luis Franco, intelectuales, peronismo y cultura.

ABSTRACT

The aim of this article is to reconstruct Luis Franco's interpretations of peronism. According to this, we will intend to find and establish different moments or periods in his approach to this phenomenon. Firstly, we will focus on his first analysis during the decade of 1940. Then, we will analyze the perspective that Luis Franco developed in the 1950s, in the context of his approach to the Trotskyist political current led by Nahuel Moreno. Finally, we will focus on the decade of 1960, when some new interpretations of peronism began to be made by some groups of the argentinian Left.

Keywords: Luis Franco, intellectuals, peronism and culture

1 Argentino. Universidad Nacional de Rosario (UNR), Investigaciones Socio Históricas Regionales, CONICET. Correo electrónico: pablo.l.torres86@gmail.com

Introducción

Desde la entrada en escena del peronismo, muchas de las certezas sobre las que se habían erigido los proyectos de país que habían orientado a la Argentina parecieron volverse más precarias, mucho más endebles. Si lo político, lo económico, lo social o lo institucional, no pudieron quedar a reparo de las ondas expansivas del sismo peronista, tampoco el mundo de la cultura, el campo intelectual argentino pudo evitar las incisivas dentadas de ese contexto. Como pocos, los intelectuales de distintas tradiciones políticas, sintieron los temblores de la irrupción peronista e intentaron ensayar algunas respuestas para comprender o denunciar el nuevo fenómeno (Sigal, 2002 y Fiorucci, 2011). Podemos afirmar que, desde sus inicios, el peronismo construyó una relación compleja con la mayoría de la intelectualidad. Una relación basada en la desconfianza y el desentendimiento mutuo; una relación que pretendía sostenerse en dos lenguas diferentes (Fiorucci, 2011)

En el caso de las izquierdas –y en particular de sus intelectuales– el peronismo marcó un punto de quiebre, una cesura imposible de cauterizar. Con la consolidación del peronismo, se agigantaron sus dificultades para la militancia en los sindicatos y la relación en general con esa clase social que había desvelado la imaginación política de las izquierdas desde el año cero. El salto a la arena política del peronismo también perturbó muchas de las hipótesis políticas que las izquierdas habían trazado sobre la realidad argentina y los posibles devenires de la clase trabajadora (Altamirano, 2002a y 2013b; Herrera, 2005; Rojo, 2012; Tarcus, 1997a).

En este trabajo nos proponemos indagar sobre la mirada que Luis Franco (1898-1988) –intelectual marxista cercano al trotskismo desde inicios de los años 30– fue construyendo en torno a este hecho clave de la historia nacional (Tarcus, 2007b; Torres, 2022). ¿Sobre qué categorías asentó su interpretación del peronismo? ¿Cómo fueron captadas las reverberaciones de este hecho clave por un hombre afincado en la lejana Catamarca? ¿Qué variaciones se descubren en su lectura del peronismo con el paso de los años? ¿A qué respondieron esas variaciones?

Pensar las lecturas que Luis Franco ensayó en torno al peronismo supone analizar distintas etapas y contextos. La visión que construyó el poeta, lejos de permanecer incólume, se fue transformando a lo largo de los años en función de los bruscos cambios de contexto y también en relación a las derivas y búsquedas políticas que este fue haciendo. Podemos encontrar una primera lectura del peronismo, hecha en los primeros años de la década del 40, con la sombra del golpe del 43 como telón de fondo de esos análisis. Una segunda lectura, hecha en los años 50 –ya producido el golpe de 1955– donde claramente hay un trabajo teórico más sofisticado, y por último, las miradas que construyó Franco sobre el movimiento capitaneado por Perón en los años 60, en el marco del surgimiento de la “nueva izquierda” y en un momento de repregunta en torno a los significados del peronismo.

Los primeros esbozos de una lectura sobre el fenómeno peronista

¿Por dónde comenzar a bucear para desbrozar la interpretación de Luis Franco sobre el peronismo? ¿Cómo se paró este poeta y ensayista frente al “hecho maldito”? Las cartas con Samuel Glusberg son un buen insumo para comenzar. En su duradero carteo, empiezan a despuntar algunas

impresiones para pensar cómo el escritor catamarqueño juzgó al peronismo y al golpe de estado de 1943, que estuvo en la base de la aparición política de Perón. En 1945 el poeta remarcaría que las autoridades del golpe de 1943 no podían disimular “*su grotesco nazismo*” (Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 27 de Junio de 1945). Posteriormente, le diría en una misiva de 1946 a Glusberg:

“Recibí los números de Babel a que Ud. alude: hay cosas excelentes. ¿Quién es Luque Hidalgo? Su visión y su conclusión coinciden casi por punto con la mía. Lo que pasó este carnaval argentino de 1946, es la tristísima y canónica repetición de lo que vimos en Alemania, en Italia, en Austria, etc., la fabulosa ineptia del frente popular conservador-radical-socialista-stalinista ante las groseras habilidades del fascismo. Uno no sabe si reír o llorar a gritos. Para nosotros, especialmente, el ambiente se volverá más o menos insoportable” (Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 3 de Julio de 1946).

Rápidamente Franco etiquetó al peronismo como fascista. En realidad, ya había utilizado esta categoría, al igual que una amplia capa de intelectuales de izquierda, liberales y progresistas, para juzgar al gobierno surgido del golpe de estado de junio de 1943, que desde sus inicios montó una relación de enfrentamiento con la intelectualidad liberal y de izquierda a partir de su ambigüedad en torno a la Segunda Guerra Mundial, las persecuciones y las intervenciones a las universidades y la represión al comunismo. Un elemento no menor, para pensar la dureza con la que Franco trató al peronismo, se relaciona con su estancia en Belén, su lugar de residencia mientras se desplegó gran parte de lo que fue la experiencia peronista. Durante esos años, el poeta mantuvo un fuerte enfrentamiento con las autoridades políticas de la provincia. Pero si Franco empezó a calibrar al peronismo en términos de fascismo, su mirada –y en esto se diferencia con muchos intelectuales de izquierda– no fue más benevolente para con los opositores al gobierno de Perón. En todo ese conjunto de fuerzas nucleadas en torno a la Unión Democrática, el “poeta pagano” no fincó ni una sola esperanza. De ahí, lo único que se podía esperar eran más desastres y desbandadas.

Reparemos en ese apellido que larga Franco, concentrémonos en Luque Hidalgo. ¿Quién es el autor de esa tríada de artículos aparecidos en la etapa chilena de la revista *Babel*, que para Franco explicaban casi al dedillo la situación argentina? El hombre misterioso pertrechado bajo un nombre de combate no era ni más ni menos que Ezequiel Martínez Estrada, con quien Franco había compartido algunos escenarios en la década de 1920 en Buenos Aires, al reparo de la sombra augusta de Leopoldo Lugones (Tarcus, 2009c). Más allá de sus profundas diferencias a la hora de ciertas lecturas políticas, las miradas que ambos desarrollaron sobre el movimiento de junio de 1943 y del peronismo se caracterizaban por la infinidad de elementos comunes, de vasos comunicantes. ¿Por dónde giraba la mirada de Martínez Estrada? Para él, la crisis argentina no tenía su punto de inicio en 1943, ni tampoco en 1930. La debacle había comenzado a perfilarse nítida con el gobierno de Yrigoyen. Desde su óptica, el “Peludo” había construido un gobierno todopoderoso, que jaqueó una y mil veces la endeble arquitectura institucional y democrática de la Argentina. Diría del mítico líder radical: “*Yrigoyen fue una especie de fascista amateur*” (*Babel. Revista de arte y ciencia*, n° 22, julio-agosto de 1944, p.37).

La crisis de la Argentina provenía, según Martínez Estrada, de un deterioro paulatino al que había sido sometido el país a través de los sucesivos gobiernos, por parte de las clases dominantes y de algunas instituciones, como el Ejército, la Iglesia o el partido radical. Ese humor bronco, esa inteligencia corrosiva tan propia de Ezequiel Martínez Estrada, siguió esculpiendo un boceto del panorama político de la Argentina de los años 1940. Estaba convencido que marchábamos hacia el fascismo con el favor y el apoyo indisimulado del Ejército, la Iglesia y los terratenientes. Para él, este rumbo se afirmaba en el creciente papel del Ejército como tutor y fórceps de la vida política argentina, el continuo menoscabo de los principios liberales, la propalación creciente del antisemitismo, la persecución y el anti-comunismo.

Hay un elemento clave en el que Martínez Estrada reparó a la hora de evaluar la situación política. Reconoció la enorme política social que las autoridades surgidas del golpe de 1943 venían desarrollando. Detectó que este no era un elemento menor, una concesión obligada; remarcó que los gremios habían encontrado ahí un canal de diálogo, un espacio para poner en cuestión todas las afrentas que arrastraban desde hacía años. ¿Por qué la dictadura hacía esas concesiones? Ahí Ezequiel Martínez Estrada no podía ir más allá; la política social no era más que pasión demagógica, concesiones tranquilizadoras, una política que hacía de la clase obrera una masa numérica de cara a ser conquistada para las próximas elecciones.

El autor de *¿Qué es esto? Catilinaria* señalaba “al coronel Perón como la figura capital del movimiento nazi-clérigo-militar inaugurado el 4 de junio de 1943” (*Babel. Revista de arte y ciencia*, n°22, enero-febrero de 1946, p.30). Perón como candidato presidencial era leído como la continuidad del golpe. Martínez Estrada ensayaba una pregunta clave: ¿Cuál era el capital político que tenía Perón para las elecciones de febrero? En primer lugar, el apoyo irrestricto de la oficialidad y suboficialidad del Ejército, la policía y la Iglesia. En segundo lugar, señalaba cómo la base del naciente peronismo se extendía en algunos sectores de las clases trabajadoras. Martínez Estrada marcaba una diferencia al interior de esa clase. Por un lado, el apoyo a Perón provenía de los trabajadores no organizados, de los obreros jóvenes recién incorporados al mundo del trabajo y sin experiencia sindical y del “lumpenproletariat” y el mundo del hampa, “atraídos por las prédicas demagógicas”. Por otro, con preocupación descubría que entre las adhesiones al general Perón también estaban “muchos gremios y núcleos obreros serios y organizados”. Aquí radicaba la tragedia para Estrada y para tantos otros intelectuales y militantes que circulaban en el universo liberal o de izquierda. Que una parte de la patria lumpen se dejase seducir por Perón vaya y pase, pero que una parte de la clase obrera, esa clase curtida y probada en mil batallas, le brindase su apoyo a ese coronel fascista se tornaba inaceptable. Era la metáfora irrefutable de la tragedia que se empezaba a abrir sobre la Argentina. ¿Por qué esos gremios tan esforzados, esos lúcidos núcleos obreros se dejaban seducir? He aquí su respuesta:

“(…) estos gremios han conseguido de Perón, en 24 horas, mejoras y conquistas por las cuales habían bregado infructuosamente años enteros. Se están pagando las consecuencias del espantoso abandono en que los gobiernos anteriores han tenido a la clase obrera y su absoluta indiferencia ante los problemas sociales. Estos núcleos, con sus sindicatos cerrados, con sus dirigentes encarcelados, han sido fácil presa de la demagogia peronista” (*Babel. Revista de arte y ciencia*, N° 31, enero-febrero de 1946, p.31).

Si nos extendimos en los análisis de Martínez Estrada es porque Franco los valoró, compartió muchos de sus juicios y los reivindicó por su justeza. Pero volvamos ahora a la voz del poeta catamarqueño. Como antes mencionamos, Franco encuadraba al peronismo dentro del marco del fascismo y el nazismo. Ahora bien, la pregunta que nos hacemos es cómo valoró las respuestas del campo intelectual frente a la irrupción de un “fascismo vernáculo”. Ya que en esas apreciaciones creemos que es posible descubrir indicios de cómo Luis Franco pensó algunos aspectos del fenómeno peronista. ¿Con qué floraciones verbales describió Franco a aquellos intelectuales que respondieron al llamado del peronismo?

Al analizar el tránsito de algunos intelectuales –como César Tiempo, Raúl Scalabrini Ortiz, Horacio Rega Molina, Luis María Albamonte, José Gabriel, Alberto Pinetta, Juan Oscar Ponferrada (Fiorucci, 2011 y Korn, 2017)- al peronismo, Franco, más que una opción política, lo que veía era la voluntad abyecta de la comodidad. Más que inteligencias que hubieran encontrado razones para el compromiso, visualizaba espíritus cansados, mentalidades débiles como para sostenerse por sí mismas.

“Al fin y al cabo –sostenía Franco- todos tenían -sin saberlo, quizá, los pobrecitos- una indomable vocación de lacayos, y al fin se dieron con lo que soñaban en sus noches de ayuno e insomnio: un patrón espléndido, en el doble sentido del rumbo y la generosidad. Paz con ellos” (Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 22 de Noviembre de 1953).

Pero si nos atenemos a la otra pata de la ecuación que daba forma a la antinomia peronismo-antiperonismo en el campo intelectual de la Argentina de aquellos años, el juicio no era más benévolo, ni la mirada más indulgente:

“No creo que los literatos antiperonistas sean mejor que los otros. Se han ido de boca detrás de las botas y sandalias libertadoras, y ya están ubicándose en puestos con que soñaban en los años de ostracismo. ¡Para qué nombrarlos! Están todos” (Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 4 de Octubre de 1955).

¿Quiénes eran ese “todo” amplio y gelatinoso? Desde la intelectualidad liberal nucleada en la revista *Sur*² -una enorme factoría de la cultura argentina, a la vez que una usina de diatribas y desplantes de clase que se manifestaban en su odio rancio contra el peronismo- hasta amplias capas de la intelectualidad socialdemócrata y de izquierda, que abarcaba desde docentes universitarios hasta militantes socialistas y figuras independientes.

Si uno repasa los categóricos dictámenes de Franco sobre el campo intelectual durante los años peronistas, es posible descubrir cuál era su concepción de la labor del intelectual. El intelectual, para él, debía oficiar como un juez solitario que deambulaba por tierras degradadas; un dispensador de juicios éticos en tiempo de relaciones agusanadas. No podía haber flirteo alguno

2 Es interesante anotar que Luis Franco nunca llegó a publicar en la revista *Sur*. Tampoco, como apunta Horacio Tarcus, nunca fueron comentados ni reseñados sus trabajos.

entre el intelectual y el poder; esa distancia debía ser insalvable. Si esa distancia desaparecía, el hombre de letras –en la retina de Franco– transmutaba indefectiblemente en bufón de ocasión. En palabras suyas, “o el escritor asume funciones de libertador o se queda con la magistratura del zángano (Sech. Revista de la Sociedad de Escritores Chilenos, nº 6, octubre de 1937, p.17).

De la crítica liberal a los usos del marxismo

Para seguir escrutando la huella de Franco en torno a su ácida interpretación del peronismo, es necesario detenerse en su *Biografía Patria*, libro publicado en 1958 con el proceso de la resistencia peronista tronando en la escena política argentina y la figura de Frondizi tratando de catalizar esa crisis³. Este ensayo lo muestra a Luis Franco más cercano a las filas trotskistas de Nahuel Moreno, un Franco que se sirve una y otra vez del repertorio conceptual y político del trotskismo para pensar la coyuntura argentina.

Franco tomó como uno de los mojones para pensar la experiencia peronista, el golpe de estado de junio de 1943 y particularmente al grupo de oficiales que lo encabezó. ¿Qué era, para Luis Franco, el G.O.U? En primer lugar, una camándula de oficiales del Ejército con voluntad de poder que no brillaban justamente por sus ilusiones democráticas. Pero la caracterización del G.O.U iba más allá; según el catamarqueño, esta logia era “*órgano de la penetración nazi entre nosotros (Franco, 1958)*”. Definición tajante que lo emparentaría a Franco con el magma de argumentos liberales y hasta en algunos casos de ciertas franjas de izquierda; pero no, el escritor no se recostaba en estos recovecos teóricos. Para Franco, podía haber en las filas de los golpistas simpatías nazis, pero el nazismo había sido políticamente otra cosa, que no se comparaba con ciertos furores autoritarios que recorrían América Latina. En palabras suyas:

“los ideólogos de la Unión Democrática, incorregiblemente bizcos, se empeñan en confundir el nazismo -movimiento apoyado en las masas pequeño-burguesas para aplastar al proletariado- con una aventura de tipo bonapartista, que se apoya fundamentalmente en el proletariado y lo organiza para trocarlo en instrumento político (Franco, 1958, p.116).

A medida que iba despostando el fenómeno peronista, había una incógnita que carcomía su ingenio. ¿Cómo el coronel Perón logró tan rápido constituirse en la figura estelar de la política argentina? Luis Franco señalaba un lugar clave para comprender las bases de esa transmutación: la Secretaría de Trabajo y Previsión. Desde ahí cimentó su figura política y galvanizó un vínculo inquebrantable con la clase obrera. A base de “demagogia verbal” y de grandes concesiones a los trabajadores, Perón iría edificando su sitial de primer trabajador. Franco, sin embargo, se cuidaba,

3 *Biografía Patria* fue editada por la empresa editorial Stilcograf, animada por los hermanos Gregorio y José Stilman. Adriana Petra sostiene que “aunque a fin al mundo comunista, Stilcograf es un emprendimiento comercial con una clara vocación de disputa en el emergente mercado de lectores con una sensibilidad de izquierdas que comienza delinearse en las postrimerías del primer peronismo, muy diferente en gustos, hábitos y competencias del modelo del lector militante de los partidos de la izquierda tradicional” en Petra, Adriana “Gaceta Literaria: un artefacto editorial y una revista de pasaje en la trama de la cultura comunista latinoamericana de los años 50” en <http://americalee.cedinci.org>.

de no explicar al peronismo sólo como el reino de la demagogia. La cuestión para este poeta era mucho más compleja. La defensa de la clase obrera al gobierno peronista se estructuraba para él, en los grandes beneficios sociales conseguidos, en la mejora de la calidad de vida, en la voluntad del peronismo de apoyar al proletariado en algunas de sus escaramuzas con los sectores patronales, lo que llevó a las clases poseedoras y sus partidos tradicionales a

“confluir unánimemente en esa santa alianza de camaleones llamada Unión Democrática, donde radicales y socialistas, se fundieron en un abrazo siamés, y los comunistas, temblorosos de fraternidad, estrecharon las manos oligárquicas de barrio norte (...) Sintiéndose solas, las masas trabajadoras se dejaron captar fácilmente por el hombre considerado por sus adversarios un puro demagogo de tipo nazi, pero que al revés de los nazis, liquidadores de sindicatos, había emprendido la realización de una obra que -pese a los gigantescos errores y menguas de su autor- lo ponía ya por encima de todos los políticos de su tiempo: la vasta sindicalización del proletariado” (Franco, 1958, pp.116-117).

El uso del concepto de bonapartismo en este texto no es un hecho menor. Claramente abría una zona divisoria entre ese Luis Franco que en la década del 40 saludaba los escritos de Martínez Estrada sobre el golpe de 1943 y los inicios del gobierno peronista y el Franco de los años 50 que empezaba hacer uso de otras categorías. ¿Qué hechos habían acontecido que estimulaban cierta revisión de los análisis de Franco y de otros sectores sobre el peronismo? Con el golpe de estado de 1955, se abrió un intenso proceso de pregunta y revisión en torno al peronismo en ciertas franjas críticas y de izquierda de la intelectualidad (Altamirano, 2013). ¿Participó de alguna manera Luis Franco en ese proceso de revisión que se abrió a instancias del golpe? Claramente su trabajo *Biografía patria* de 1958 y otros posteriores a esta fecha dan cuenta de un intento de complejización y sofisticación de sus análisis sobre el peronismo. Para entender estas mutaciones en sus lecturas hay que reparar en algunas cuestiones. En primer lugar, Franco fue testigo directo del carácter eminentemente reaccionario y antipopular del golpe, lo que claramente influyó en sus escritos. En segundo lugar, ese clima de revisión que se abrió después del golpe, estimuló nuevas preguntas y sacudió ciertas explicaciones consagradas. Y como último aspecto -quizás el más fundamental para entender esta complejización de su mirada-, hay que reparar en su relación con Milcíades Peña y con la corriente trotskista animada por Nahuel Moreno. Para principios de 1950 los destinos de Franco se cruzaron con los del joven Milcíades Peña, encuentro fecundo, encuentro clave a la hora de pensar las glosas marginales de una historia de la nación, una historia de raíz trotskista. El hecho de que Franco empezara a orbitar en la galaxia morenista, no sólo alimentó esa colaboración breve y punzante con Milcíades Peña, sino que se graficó en el acompañamiento y presencia del escritor en algunos proyectos teórico-políticos del morenismo, como lo fue, entre otros, la revista *Estrategia*⁴. En uno de sus números, el catamarqueño cargará

4 La revista *Estrategia* fue un intento amplio del morenismo, del que solo llegaron a publicarse tres números. El primero apareció en escena en septiembre de 1957, y el último verá la luz en junio de 1958. Esta revista del trotskismo, estuvo desde el principio bajo la dirección de Milcíades Peña. La misma trató de aglutinar a varios pesos pesados de la cultura marxista argentina, lista que incluyó a Silvio Frondizi y Eugenio Werden, Luis Franco, Rodolfo Puiggrós, Enrique Rivera y Carlos Astrada.

las tintas contra el peronismo. Una y otra vez volverá a servirse del concepto de bonapartismo, concepto con el cual el morenismo intentó englobar de manera ajustada la experiencia peronista.

En su trabajo de desglose del peronismo, Franco se detuvo en dos grandes postas políticas: el 17 de octubre de 1945 y las elecciones presidenciales de febrero de 1946. En cuanto a la histórica movilización obrera, vio ahí tanto un escenario forzado como una gigantesca demostración de fuerza de la clase trabajadora, una mezcla de cuadro dramático y vodevil de ocasión. Se interrogaba:

“¿Fue el 17 de Octubre un sainete político o un pronunciamiento proletario? Las dos cosas en una. Quiero decir que la gran mayoría de la clase obrera de Buenos Aires, tomando por su apóstol a Perón, se movió gustosamente en su defensa. Sólo que si se movió en gran parte por su propia voluntad, en gran parte lo hizo inducida y conducida por la Guardia Suiza de Perón: los muchos oficiales bonapartistas del ejército, los policías con uniformes o sin él, los jefes de la flamante C.G.T...” (Franco, 1958, p.120).

En cuanto a los comicios de 1946, el catamarqueño presentaba el triunfo de Perón como una obviedad, que sólo la mirada estrábica de sus opositores no podía enfocar. Perón era el candidato indiscutido de las mayorías sociales; en cambio la Unión Democrática era una runfla desesperada coaligada en torno al odio a la figura de Perón y sus posibles proyecciones políticas. Para males, Luis Franco veía en esta alianza electoral, la palabra en sordina de la embajada norteamericana.

Vayamos a la caracterización más dura en torno a qué es el peronismo. El poeta lo leyó como un intento, un ensayo de ciertas fracciones de la burguesía argentina con un sesgo industrialista por erigir un proyecto que rompiese con las taras de nuestra economía “típicamente terrateniente y ganadera”; un proyecto que limitase la dependencia vital de nuestra economía con el imperialismo, en un momento histórico y político determinado, que brindaba condiciones formidables para ese despegue. Esos requisitos, esas condiciones favorables se asentaban en un abanico de aspectos económicos y sociales: momento de expansión y comercialización creciente de los productos agropecuarios, ampliación del mercado interno, liquidez del Estado para encarar ciertas inversiones, disposición de las masas trabajadoras, huérfanas de referencia política, después del fracaso estrepitoso del proyecto político radical. A partir de estos lineamientos, intentó enfundar conceptualmente al peronismo:

“El peronismo responde más bien, en líneas generales, a la aventura llamada bonapartismo cuyo caracteres los maestros marxistas fijaron con rasgos inconfundibles: comienza como un golpe militar dado por los elementos más aventureros del ejército; -aprovecha la aguda polarización de la lucha de clases, subiendo a caballo sobre ellas y prometiéndoles el paraíso a ambas-; naturalmente sirve a fin de cuentas a la clase conservadora. En efecto, nuestro problema se aclara si advertimos desde el comienzo esa contradicción dialéctica del peronismo, ello es, que aunque vastamente apoyado en las masas, es un movimiento reformista burgués (Revista Estrategia, n°3, junio de 1958, p.12)”.

Son varios los aspectos políticos y económicos a rescatar de la experiencia peronista; entre ellos, destaca la nacionalización de ciertos servicios públicos, la expropiación de ciertas empresas de capital extranjero, el incremento de la flota petrolera, el esbozo del Primer Plan Quinquenal, las grandes conquistas sociales y la sindicalización masiva de la clase obrera. Es más, decía Luis Franco, *“dejó un saldo progresivo por el solo hecho de haber dado a las masas cierta noción de su fuerza unificada y cierta intuición de sus derechos”* (Revista *Estrategia*, n°3, junio de 1958, p.22). Pero en todo momento, Franco juzgó a estas medidas como insuficientes. El peronismo era juzgado así en la óptica de la carencia, de una incompletud fundante. Esta ristra de medidas progresivas, como también sus límites congénitos, se entroncaban directamente con la supuesta debilidad ideológica que esgrimía el peronismo. Franco enumeraba lo que entendía como las taras de la experiencia peronista:

“No podía ser de otro modo. El enemigo capital de nuestro pueblo es la Santa Alianza del imperialismo y nuestro capitalismo agropecuario e industrial, y sin luchar a fondo contra ellos nada puede lograrse de bueno, ni siquiera como promesa. Perón, inhibido por lo que él mismo era y sobre todo los orígenes e idiosincrasia del movimiento, lo hizo, y habiendo quizás podido hacerlo obligado por la presión de las fuerzas proletarias si la C.G.T hubiera estado menos inhibida por su propia burocracia dirigente” (Revista *Estrategia*, n°3, junio de 1958, p.13)⁵.

Pastiche ideológico y burocratismo *avant la lettre*, elementos que ornaban siempre los análisis político-sociales del trotskismo. Pero el acta de acusación que levantaba este inclemente fiscal de la historia argentina no terminaba ahí y le recriminaba a viva voz no encarar un ataque a fondo contra los terratenientes y el imperialismo, lo que suponía poner en cuestión el carácter capitalista del país. El antiimperialismo presente en la partitura política peronista, era leído por el poeta como un gigantesco ejercicio declamatorio antes que una realidad tangible, un elemento articulador de las grandes líneas del gobierno de Perón. Otra vez, el problema era ideológico-político, era un problema de definición, que el antiimperialismo que azuzaba el coronel era un antiimperialismo burgués, porque en última instancia si esta prédica no desovaba en los cauces del anti-capitalismo, se convertía en juego de recitado antes que un principio articulador de la política. Decía Luis Franco a modo de síntesis:

“El anti-imperialismo burgués -el de Perón ayer como el de Arturo Frondizi o Amadeo hoy- es orgánicamente traidor, porque, al no romper con el capitalismo interno, nada puede hacer contra el otro, pues son vasos comunicantes” (Revista *Estrategia*, n° 3, junio de 1958, p.21).

Un aspecto que Franco no pudo dejar de criticar era la voluntad política del peronismo de recostarse en el ejército, en la policía, en no llevar a su máxima expresión las potencialidades

5 Las tesis vertidas por Franco en los artículos de *Estrategia* son condensaciones del despliegue teórico y argumental que llevada adelante en *Biografía Patria*.

políticas y organizativas de la clase obrera. En síntesis, le criticaba y le achacaba una y otra vez su falta de proyección revolucionaria.

A lo largo de sus análisis sobre el peronismo, este ensayista iracundo que fue Luis Franco, puso en consideración una polémica clave y estructurante de las izquierdas en Argentina y América Latina -discusión que el trotskismo supo estimular a lo largo de su vida política- nos referimos al debate en torno a la relación entre las burguesías locales y el imperialismo, en torno a la supuestas capacidades de las burguesías locales de encarar un proyecto de nación autónomo. Ni el trotskismo morenista ni Luis Franco supieron cobijar un gramo de esperanza en torno a las supuestas voluntades autonómicas de nuestras clases dominantes. Para ellos no se columbraba en nuestras clases poseyentes ninguna capacidad de generar y encarar un proyecto alternativo de nación. Las clases dominantes daban su apoyo irrestricto al imperialismo, ya que se beneficiaban abiertamente del atraso. De ahí que estas integraran indistintamente cualquier coalición conservadora o golpista que caminara en el continente, como lo habían mostrado el golpe contra Arbenz en Guatemala en 1954 o el golpe contra Perón en 1955. La relación entre las burguesías locales y el imperialismo era una relación simbiótica. A lo largo del siglo XIX y una buena parte del XX, había sido Inglaterra quien, en alianza con las clases dominantes de estos lares, se encargó de ahogar cualquier proyecto de nación autónomo, posteriormente relevada por Estados Unidos. En esas condiciones y con la fisonomía de nuestras burguesías locales, no había posibilidad de un proyecto económico alternativo basado en un gran proceso de industrialización: *“La industria argentina nace y se desarrolla, pues, dentro de un molde ortopédico, vale decir, controlada por el tutor imperialista”* (Franco, 1958, p.112).

El peronismo a la luz de los años 60

Cuando se analiza el peronismo, cuando se intenta pensar sus dimensiones políticas y sociales, no puede faltar el nombre de esa mujer que pareció coagular en lo eximio de su cuerpo todo el amor de un pueblo y el odio bárbaro de resentidos y poseyentes. A mediados de los años 60, desde una de las revistas emblema de una nueva generación intelectual y política de izquierda que iba despuntando en la Argentina -la mítica *Fichas de Investigación Económica y Social* (1964-1966)-, que tenía como figura estelar a Milcíades Peña -camuflado entre varios seudónimos-, Luis Franco disparó munición gruesa contra la figura de Eva Perón. Esa figura totémica del peronismo, una figura que en los años 60 fue de a poco arrancada de las rigideces cegetistas, para transformarse en santa y seña de la juventud radicalizada.

El artículo de Franco se llamaba “A propósito de Eva Perón” (*Fichas de Investigación Económica y Social*, Año II, N°7, Octubre de 1965). Se nos objetará que no era un texto nuevo, sino un fragmento apenas modificado de su libro antes comentado *Biografía Patria*. Pero publicar ese análisis, sin ningún tipo de retoque, casi diez años después, con todos los cambios que habían acontecido en la Argentina y el peronismo, constituye un aspecto llamativo. No es un dato menor el contexto político, social y cultural, en el cual Franco reeditaba este artículo. Desde fines 1950 se venía dando un amplio proceso de relectura del peronismo entre la intelectualidad argentina

(Terán, 2013, Altamirano, 2013b). Por otra parte, el peronismo de estos años no era el de la década del 40, era un movimiento proscripto desde hacía una década, era un movimiento desmochado que había sabido crear en la orfandad nuevas figuras, nuevas hablas y nuevos métodos de lucha. Era un peronismo que más allá de sus limitaciones, había dado muestras de coraje y temple plebeyo en los años de la resistencia. Era un peronismo que se disponía en algunos de sus sectores a dialogar con las izquierdas. La reedición de este artículo más que un descuido, constituía una determinada apuesta política; una apuesta interpretativa sostenida tanto por Luis Franco como por Milcíades Peña ante una realidad violentamente cambiante. ¿Había ciertos elementos políticos que empezaban a escaparse de la mirada severa de estos dos hombres? ¿El anti-peronismo construido en décadas anteriores los volvía indemnes a los giros de ciertas situaciones políticas y discusiones teóricas que venían cabalgando en la Argentina de aquellos años? El artículo de Franco no era una provocación, una flor extraña dentro de la flora que presentaba *Fichas*, sino que se acoplaba cómodo al análisis general que la revista hacía del peronismo.

Recalemos en los inicios del artículo, cuestión que nos permite mensurar la tónica del mismo. El catamarqueño preguntaba, haciendo gala de su genio retórico, “¿*Mujer del pueblo orgánicamente identificada con sus dolores y sus sueños de reivindicación? Evita fue algo inédito: una singular combinación de madame Pompadour y Louise Michel*” (*Fichas de Investigación Económica y Social*, Año II, N°7, Octubre de 1965, p.47). Escarbar en los perfiles de estas mujeres, sirve para terminar de descifrar el identikit político que trazaba el poeta. Franco talló un raro camafeo de dos caras para explicar la figura de Eva Perón. Una cara grotesca y la otra laudatoria. Quizás en ese pendular entre lo grotesco y lo laudatorio, se hallase explicitado alguno de los sentimientos que despertaba el fenómeno peronista en el catamarqueño. Ambas mujeres compartían con Eva su origen bastardo; esta condición fue en Pompadour pesada corona, en la otra motivo de orgullo. Una fue amante del rey Luis XV, la otra impetuosa revolucionaria. Una ansió siempre hacer de la corte su nido, la otra conoció la cárcel y el exilio. Una se pavoneó por los salones de París, la otra brindó su sangre generosa en la Comuna. Ambas eran mujeres de refinada educación; una hizo de esto, un arma de ascenso social, la otra un elemento indispensable para la destrucción del orden social vigente. La una vio en la corte de París el motivo del mundo, la otra desarrolló una inmensa actividad política y social, que supo poner en el centro a mujeres y niños -otro rasgo que compartía con esa voz femenina e impetuosa que hablaba desde el gobierno peronista. Ambas mujeres compartieron otro rasgo central con Eva, supieron granjearse el odio ciego de las clases dominantes. A una no le perdonaban su carácter de advenediza, a la otra su capacidad de desconocer cada uno de los parámetros del orden social que ellos ponderaban. Figuras elegidas milimétricamente a la hora de cincelar el camafeo, en esa infinita madeja de contradicciones que van desde la explosión plebeya a la reverencia incontenida al poder, para Franco se apretujaban todas las tensiones del peronismo como movimiento político y expresión de los sectores subalternos.

El escritor le reconoce a Eva, a diferencia de Perón, su cercanía al pueblo, su capacidad de “*identificarse parcialmente con las clases desposeídas*” (*Fichas de Investigación Económica y Social*, Año II, N°7, octubre de 1965, p.60), de ahí el amor devoto que sentían los explotados y explotadas hacia ella. Este sería el lado Louise Michel del camafeo. El ascenso de Evita, decía el articulista, de-

bía mucho a los aportes del proletariado femenino, como *“igualmente su acción y oratoria semianalfabeta no fueron ajenas a la conquista del voto por las mujeres argentinas, paso no despreciable en el camino hacia su liberación futura”* (Fichas de Investigación Económica y Social, Año II, N°7, Octubre de 1965, p.47). Reconocimiento plebeyo y lapidación, en esta dialéctica cabalga el artículo de Franco. Pero el haber de Evita se amplía, el lado Michel del camafeo es pasible de ser agrandado:

“Tampoco es cuestionable que en la tirria que la burguesía profesó a Eva obra subconsciente el arcaico prejuicio masculino -del que aún participan muchas mujeres- que sigue viendo con velludo e hirsuto desagrado la competencia de la mujer en cualquiera de los terrenos de que la ha tenido históricamente excluida” (Fichas de Investigación Económica y Social, Año II, N°7, Octubre de 1965, p.47).

El machismo y el clasismo, reconocía Franco, eran dos elementos centrales del odio visceral que las clases dominantes profesaron hacia Eva. A no dudarlo, sostenía Franco, Eva Duarte era *“el ala izquierda del peronismo”* (Fichas de Investigación Económica y Social, Año II, N°7, Octubre de 1965, p.47). Hasta aquí el humor áspero del poeta se contenía, su lírica socarrona se resguardaba en un acto de continencia. Pero a poco de andar, trocaba el lado del camafeo para que apareciera el rostro fino de madame de Pompadour. El “poeta pagano” no le perdonaba a Eva sus imitaciones pomposas de los ademanes y gustos de la burguesía argentina. Luis Franco no vio ahí un gesto de desafío al orden vigente; un gesto precario de democratización. Lo que visualizó ahí fue el espíritu Pompadour de Eva, su “analfabetismo político”. Cuando Evita se enfundaba en esos trajes lujosos, ¿volvía bastardo lo que pretendía ser un símbolo de la prepotencia de clase? ¿Le arrancaba a esos objetos ciertos atributos de clase, le carcomía parte de su resplandor social? El poeta anotaba en esa puesta en escena, falsa conciencia, imposibilidad de los sectores subalternos de levantar una nueva cultura. Para Luis Franco, era imposible hacer otra lectura, ya que a lo largo de su vida fue cultor de una especie de ascetismo rojo. Para él, el lujo era vulgaridad, y la ostentación grosería. Para concluir, ¿qué tuvo Eva que cautivó y obnubiló a la clase obrera? La respuesta de Franco es una pieza segura para el museo del gorilismo:

“sólo el semianalfabetismo político y sindical de nuestras masas, su falta, no digamos ya de una conciencia y una voluntad revolucionarias -indispensables hoy- sino de un claro sentido de clase y de una experiencia insurreccional debido en gran parte a la miopía de los partidos sedicentes obreros puede explicar que una mujercita vestida por Dior, Patou y los joyeros suizos haya podido servir de abanderada de nuestro proletariado” (Fichas de Investigación Económica y Social, Año II, N°7, Octubre de 1965, p.60).

Consideraciones finales

A lo largo de este escrito hemos intentado sistematizar distintos momentos de la lectura que hizo Luis Franco sobre el peronismo. Remarcamos que su mirada sobre el mismo a inicios de los 40 se emparentaba en muchos tópicos con ciertas visiones que articulaban la imaginación del

liberalismo o ciertas franjas de las izquierdas. Insistimos que con su acercamiento al trotskismo a inicios de los 50 y su retorno a Buenos Aires, su análisis sobre el fenómeno peronista empezó a girar en torno al concepto de bonapartismo. Creemos que las lecturas hechas en esta segunda etapa, a lo largo de los años 50, fueron las más logradas y trabajadas en términos teóricos y políticos. Por último, recorrimos las lecturas que el poeta hizo sobre el peronismo y la figura de Eva a mediados de los 60, resaltando que la misma parecía casi inmutable, que casi no incorporó cambios o matices a la mirada desarrollada entre las décadas de 1940 y 1950.

Para Luis Franco, la demagogia, las enormes concesiones sociales y la desarticulación política del proletariado fueron los elementos que permitieron el incontenible ascenso peronista dentro de las huestes proletarias. El peronismo, creía él, era expresión también de una clase obrera que había llegado a los albores de la década del 40 con un bajo nivel de sindicalización, falta de un credo político articulador, producto de la incapacidad del PS y el PCA, y el trotskismo para convertirse en referencias políticas. Se preguntaba compungido:

“¿Había o no había razones para que los legionarios del trabajo se identificasen con el dinámico Mesías, pese a sus botas y su dragona? Las había, gracias a su analfabetismo político, que les impidió advertir el riesgo. La estatización del proletariado por intermedio de la C.G.T lo decía todo: mientras duraron las superganancias capitalistas (1943-1949) Perón pudo hacer concesiones al trabajo, no por gratiables y transitorias menos efectivas. Cuando el descenso se inicia, la C.G.T se trueca cada vez más en un ejército prusiano de disciplina férrea, con jefes superpagados y soldados con sueldos de hambre” (Franco, 1958, p.133).

Luis Franco, a diferencia de otros intelectuales de izquierda, condenó sin miramientos el golpe de estado de septiembre de 1955. El fructífero diálogo que Franco mantuvo a lo largo de décadas con el trotskismo, claramente contribuyó a que condenara el golpe. A diferencia de otros sectores de la izquierda argentina, el trotskismo en sus distintas expresiones no cobijó ni una sola esperanza política en torno a la coalición golpista sino que lo condenó abiertamente y sin tapujos, entendiendo que significaba, entre otras cosas, una enorme revancha de clase. ¿Cómo fue que semejante proyecto político como el peronismo cayese tan fácilmente, tan estrepitosamente como un gigante de pies de barro? – Se preguntaba Luis Franco-. Para él, el derrumbe del peronismo se entendía a partir de varios factores. Al desajuste económico de la última etapa del gobierno peronista, se agregaban la oposición cerrada de las clases dominantes y los sectores medios hacia el peronismo. A medida que esas oposiciones se iban enervando, los precarios compromisos de clase se iban desplomando y las instituciones no llegaban a contener el conflicto de clases. Sumado a eso, la frágil alianza política que alentó Perón entre el proletariado y el Ejército se resquebrajaba, y la burocracia del sable hacía honor a su origen de clase y se preparaba para el golpe. Todas las viejas fuerzas de la sociedad se alistaban orgullosas para la “cruzada libertadora”. ¿Había alguna posibilidad de no sucumbir? ¿O el peronismo orbitaba en la galaxia de la tragedia? Franco entendía que en el horizonte oteaba una opción, una magra posibilidad, pero que era imposible de concebir en el marco ideológico del peronismo:

“Había una gran salida para su régimen pro-capitalista si se atrevía a cambiar de signo y reemplazar la revolución en los altoparlantes y afiches... por la organización y la acción revolucionaria de las masas: escuchar a ese proletariado de millones de brazos que pedía armas, crear las milicias obreras, acudir a la huelga general y afrontar a la burguesía con su ejército y clero. No había otro atajo para salir del tremedal” (...) A fin de cuentas ocurrió entre nosotros lo que en la Italia de Matteotti, en la Alemania de Ebert y la España de Azaña: como los organismos políticos que acaudillan al proletariado no se atreven a iniciar la revolución (es decir dar la batalla contra la burguesía capitalista) las vanguardias del viejo régimen hacen la contrarrevolución acogotadora con el nombre de... revolución libertadora” (Revista Estrategia, n°3, junio de 1958, pp. 17-18).

La caracterización que hizo Luis Franco del peronismo compartió con las izquierdas su oposición directa a este nuevo fenómeno político. Pero en torno a la mirada de este poeta, como antes remarcamos, se pueden descubrir distintos momentos. Franco fue realizando, si se quiere, una especie de alpinismo interpretativo que partió desde cierto temario liberal, durante la década del 40, hasta trepar a un anclaje conceptual y político en el marxismo en la década de 1950⁶. Hasta fines de los 40 Franco se mantuvo en Catamarca, casi sin ningún contacto político; a principios de la década de 1950, retornaría a Buenos Aires, instalándose en la localidad de Ciudadela. Con el transcurrir de los años, plenamente afincado en la provincia de Buenos Aires, empezó a labrar un vínculo con Milcíades Peña y las tropas políticas de Nahuel Moreno. La oposición cerrada, sin atenuantes de Franco al peronismo nunca cambió. Lo que fue modificándose, como antes dijimos, fueron los conceptos con los que trató de atenuar a un fenómeno político siempre tan escurridizo como el peronismo. Sus análisis de la década del 40, podían sorber en los cauces liberales –a tono con los debates de las izquierdas en ese momento–, en cambio para mediados del 50, esa requisitoria se organizaba plenamente dentro de los nudos conceptuales y políticos del marxismo. Si a principios de 1940 se recostaba en la noción de fascismo; para 1950 se alejaba de ella y se servía del concepto de bonapartismo para explicar al peronismo. Fácilmente se descubren grandes diferencias y marcas divisorias en torno a sus coincidencias con Ezequiel Martínez Estrada que publicaba sus cáusticas impresiones en la revista *Babel* a inicios de los años 40, y el hombre que fustigaba al peronismo desde la revista *Estrategia* o desde *Biografía Patria*. Pero si uno también compara los artículos de la revista con los del libro, se pueden notar algunos cambios, tonos distintos. En *Biografía Patria* brilla un timbre de voz más agresivo, donde abunda la chicana, el humor como arte del cacheteo. En cambio en los artículos de *Estrategia* bruñe un tono más templado, más analítico, menos verborrágico. ¿Qué es lo que llevó a Franco hacia esas costas más tranquilas? Cierta conciencia de lo orgánico. No estaba hablando solo, sin más responsabilidad que empeñar su palabra. Franco profería sus análisis desde la tribuna de un partido que pretendía traducir las necesidades de la clase obrera. La responsabilidad política alejaba al

6 Hay que tener en cuenta que durante la década de 1940 la caracterización del peronismo como fascismo no fue exclusiva de la intelectualidad liberal sino que fue también un filón que como antes mostramos, las izquierdas supieron explotar, en el marco de la Segunda Guerra mundial y la lucha contra el fascismo a nivel internacional.

catamarqueño de su oficio de francotirador. Por otro lado, hay que pensar en el momento político en donde se hallaba el trotskismo morenista, que venía desde 1957 propugnando la táctica del “entrismo” en el movimiento peronista. A esos flirteos, a esos coqueteos con el proletariado peronista, no le podían seguir una batería de desprecios e insultos.

Como antes insistimos ni el trotskismo ni Franco cifraron alguna esperanza en el frente anti-peronista. Supieron que ahí se organizaban las tradicionales clases dominantes de la Argentina; les parecía obsceno, para no decir despreciable, que sectores de la izquierda confraternizaran con los patrones en torno al golpe. Franco narró con su habitual ironía “*¡La santa alegría de la liberación! El barrio de las marquesas pontificias chocheando con el ejército, mientras los radicales y las horteras chochean con la marina, y los curas fraternizan con los bigotes del Dr. Palacios*” (Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 3 de Julio de 1946). Luis Franco fue, a todas luces, un antiperonista de izquierda -el anti-peronismo de izquierda se retroalimenta en juego de espejos con el anticomunismo militante de amplios sectores del peronismo-. Pero su enfrentamiento con el gobierno de Perón, no obturó su capacidad crítica, su capacidad para descubrir en el anti-peronismo a secas un núcleo cultural e ideológico, laminado de odios y soberbias de clase, de grandes dosis de sentido común y resentimiento social largamente macerado. Franco, al igual que los sectores más lúcidos, menos dogmáticos de la izquierda argentina, sabía que el anti-peronismo a secas extraía sus fuerzas de las napas más profundas del resentimiento social. El anti-peronismo era una identidad política reactiva, anti-identidad que devenía idea positiva y articuladora de lo político.

Luis Franco descubrió con facilidad las raíces autoritarias, verticales del peronismo. Visualizó en un santiamén todas las contradicciones y limitaciones que traccionaban su discurso y sus acciones, pero rara vez pudo reconocer la capacidad democratizadora del peronismo, nunca pudo constatar que ahí también latía una vena plebeya, ciertas vetas transgresoras del orden de clase. El poeta no pudo, o mejor no quiso contener ciertas preguntas, cabalgar los desgarros de ciertas demandas; siempre, a lo largo de toda su vida, se mostró hostil a alojar todo tipo de contradicción. Quizás en el diálogo entre las izquierdas y el peronismo, quizás en ese diálogo infructuoso, quizás en ese habla imposible, se halle incrustado, todavía hoy, el gran dilema de la revolución social en Argentina.

Bibliografía

- Altamirano, C. (2002) “Ideologías políticas y debate cívico” en Torre, Juan Carlos *Los años peronistas (1943-1955)*, Tomo VIII de la Nueva Historia Argentina. Barcelona: Ed. Sudamericana.
- ----- (2013) *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Fiorucci, F. *Intelectuales y peronismo 1945-1955*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- Herrera, C. (2005) *¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)*. En Camarero, H. y Herrera, C. *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Ed. Prometeo.
- Korn, G. (2017) *Hijos del pueblo. Intelectuales peronistas: de la Internacional a la Marcha*. Buenos Aires: Ed. Las Cuarenta.

- Moreno, M. (2011) *Teoría de la noche. Antología de textos*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Petra, A. (2014) "Gaceta Literaria: un artefacto editorial y una revista de pasaje en la trama de la cultura comunista latinoamericana de los años 50". En Delgado, V., Mailhe, A. y Rogers, G. *Publicaciones periódicas argentinas (siglo XIX y XX)*. La Plata: Universidad Nacional de la Plata.
- Rojo, A. (2012) *Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera*. En Revista ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda (N° 1), 103-125.
- Sigal, S. (2002) *Intelectuales y peronismo*. En Torre, J. C. *Los años peronistas (1943-1955)*, Tomo VIII de la Nueva Historia Argentina. Barcelona: Ed. Sudamericana, Barcelona.
- Tarcus, H. (1997) *El marxismo olvidado en Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires: Ed. El Cielo por Asalto.
- ----- (2007) *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*. Buenos Aires: Ed. Emecé.
- ----- (2009) *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*. Buenos Aires.
- Terán, O. (2013) *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Torres, P. (2022) *De Lugones a Marx: el proceso de politización e inserción en el campo intelectual de Luis Franco, 1920-1930*. En Revista Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda, (N° 20), 41-63.

Fuentes

Correspondencia

- Correspondencia con Samuel Glusberg en Tarcus, H. (2009) *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, Buenos Aires: Ed. Emecé.

Libros de Luis Franco

- Franco, Luis (1958) *Biografía patria. Visión retrospectiva y crítica del reciente pasado argentino*. Buenos Aires: Ed. Stilcograf.

Revistas

- *Babel. Revista de arte y crítica*. Disponible en <http://www.memoriachilena.cl>.
- *Estrategia*. Disponible en <http://fundacionpluma.info>.
- *Fichas de Investigación Económica y Social*. Disponible en <https://americalee.cedinci.org/>.
- *SECH. Revista de la Sociedad de Escritores Chilenos*. Disponible en <http://americalee.cedinci.org>.